

El Camino del Amor

El Camino del Amor

CAPÍTULO TRES

La Vida como Escuela del Alma

La Vida como Escuela del Alma

Santiago escribe algo que parece extraño a primera vista: «Hermanos míos, tened por sumo gozo cuando os halléis en diversas pruebas, sabiendo que la prueba de vuestra fe produce paciencia. Mas tenga la paciencia su obra completa, para que seáis perfectos y cabales, sin que os falte cosa alguna». ¿Gozo en las pruebas? ¿Alegría en las dificultades?

Santiago no está siendo cruel ni indiferente al sufrimiento. Está revelando una verdad profunda: las dificultades tienen propósito. No son castigo arbitrario ni abandono divino. Son el fuego en el que se forja el carácter, la presión que forma el diamante, el ejercicio que fortalece el músculo del alma.

Pablo lo entendía también: «Y sabemos que a los que aman a Dios, todas las cosas les ayudan a bien». No dice que todas las cosas sean buenas — claramente no lo son. Dice que Dios puede usar todas las cosas para bien. El dolor, la pérdida, la enfermedad, la traición — nada queda fuera del alcance de su mano redentora. Él puede tomar lo que el enemigo quiso para mal y convertirlo en instrumento de crecimiento.

Piensa en José, vendido como esclavo por sus propios hermanos, falsamente acusado, olvidado en prisión. Años después, cuando finalmente se reencontró con quienes lo habían traicionado, dijo: «Vosotros pensasteis mal contra mí, mas Dios lo encaminó a bien». Lo que parecía tragedia era preparación. Lo que parecía abandono era posicionamiento. Dios estaba trabajando incluso cuando José no podía verlo.

Esta es la perspectiva que transforma cómo vivimos cada día. Las dificultades dejan de ser obstáculos sin sentido y se convierten en oportunidades de crecimiento. La persona difícil en tu trabajo puede ser el instrumento que Dios usa para enseñarte paciencia. La enfermedad que enfrentas puede ser el crisol donde se purifica tu fe. La pérdida que sufriste puede ser lo que finalmente te llevó a depender completamente de él.

Jesús mismo fue perfeccionado a través del sufrimiento. Hebreos dice: «Aunque era Hijo, por lo que padeció aprendió la obediencia». Si el Hijo de Dios creció a través de las dificultades, ¿por qué esperaríamos un camino diferente para nosotros?

Esto no significa que debamos buscar el sufrimiento ni que debamos quedarnos pasivos ante la injusticia. Jesús sanó enfermos, alimentó hambrientos, confrontó la hipocresía. Pero significa que cuando el sufrimiento llega — porque en este mundo llegará — no tenemos que desesperarnos. Hay propósito incluso en el dolor. Hay crecimiento posible incluso en la pérdida.

Pedro lo dice con claridad: «Amados, no os sorprendáis del fuego de prueba que os ha sobrevenido, como si alguna cosa extraña os aconteciese, sino gozaos por cuanto sois participantes de los padecimientos de Cristo». Las pruebas no son extrañas al camino cristiano — son parte del camino. Son la escuela donde el alma aprende lo que no podría aprender de otra manera.

La pregunta no es si vendrán dificultades. La pregunta es qué haremos con ellas. ¿Las desperdiciaremos en amargura y queja? ¿O permitiremos que el Espíritu Santo las use para conformarnos más a la imagen de Cristo? Cada día trae su propio material de aprendizaje. Cada circunstancia ofrece la oportunidad de crecer en fe, en amor, en paciencia, en humildad.

Tu vida, exactamente como es hoy, con todas sus imperfecciones y desafíos, es el aula que Dios ha preparado para ti. El Maestro perfecto ya está contigo. La lección ya comenzó.